



CAPÍTULO I

SUMARIO

El alma justa solicita el amor de Jesucristo Sacramentado; pone algunos medios para hallar al mismo Señor, el cual le contesta que siga las huellas de las almas santas: ambos esposos se excitan con dulces coloquios á la más perfecta caridad.

Es en tal manera inefable lo que el alma perfecta desea unirse con su Divino Esposo Jesucristo, que todos sus pensamientos, todas sus expresiones y todas sus obras no tienden á otro fin que á buscar los medios que conducen á dicha unión, y es indudablemente cierto que, cuanto más se aleja el objeto amado, tanto más se desea hallarle. Por eso la esposa de los Cantares, desfallecida de caridad terribísima, al modo que el Real profeta (1) desfallecía por el amor de su Salvador futuro, dirigiéndose á las demás almas menos perfectas que ella, exclama toda embriagada en suave deliquio: (2) *Bésemelo con el beso de su boca*. Mas, ¡oh alma privilegiada! por perfecta que te halles, dime; ¿has pensado bien lo que solicitas de tu Dios? ¿Que te otorgue ese ósculo de paz que se imprime en el fondo del corazón y que significa nada menos que la grata amistad que Dios

(1) Defecit in salutare tuum anima mea. Ps. 118, v. 81.

(2) Osculetur me osculo oris sui: quia meliora sunt ubera tua vino. Cant. I, 1.

ha de tener contigo? Sí; bésemelo Jesucristo con el beso de su boca; y este beso le desea el alma que solicita recibir á Cristo Sacramentado, porque al entrarle en su corazón le besa por fuerza, le abraza y se estrecha con Él. Así lo entienden varios Padres con Teodoreto. Entre ellos S. Ambrosio llega á decir: (1) «El alma, al ver los sacramentos admirables, exclama: Bésemelo con los besos de su boca; esto es: déme á mí un beso Jesucristo». Parece que con el dulce ósculo que se imprimen dos rectos esposos haya entonces una entera y perfecta comunicación de sentimientos y de afectos, y no otra cosa pretende la esposa al desear que la bese Jesucristo, porque, como dice S. Cirilo, (2) por la Eucaristía nos hacemos unos con Jesucristo, así como por este Señor nos unimos con Dios. Este género de regaladas manifestaciones en dos castos esposos origina suavidad y delicia espiritual, mezclada con la sensual; pero entre Jesucristo y un alma santa, se originan indecibles consolaciones purísimas, principalmente en ésta, que por el influjo de Jesucristo empieza á sentir los gustos espirituales, y despreciar las terrenas delicias, pudiendo decir entonces con el profeta: Señor (3) ¿qué hay en el cielo fuera de Ti, y qué cosa sino á Ti puedo pretender en la tierra? Dios de mi corazón, Tú eres mi porción por toda la eternidad».

Mas, ¿por qué intenta la esposa semejante divino ósculo? *Porque mejores son tus pechos que el vino*. Antes estaba hablando con las almas imperfectas, pero la fuerza del amor á su esposo Jesús permite que, dejando á ellas, y dirigiéndose á su Señor, le diga: *Porque tus pechos son mejores que el vino*. Estos delicados órganos, como afirma Alápide (4), son la Divina Eucaristía con la cual nos alimentamos, ya que con la Carne de Jesucristo nos nutrimos y con su Sangre, cual divina leche que posee todas las delicias, nos embriagamos. Por lo cual exclama S. Juan Crisóstomo: (5) «¿Qué pastor

(1) Lib. de sacrament. cap. II.

(2) Lib. XI in Joan.

(3) Ps. 72, v. 25 y 26.

(4) Exposit. in Cant. cap. I.

(5) Hom. 60 ad popul. et 83 in Math.

alimentó jamás á sus ovejas con sus propios miembros»? Y un poco más adelante añade: «¿No véis á los niños, con cuánta alegría de ánimo cogen la deseada teta de su madre, y con mucho mayor contento aplican á ella sus labios? Pues con no menos gozo debemos nosotros acercarnos á la sagrada Mesa, y á la teta espiritual del santo Cáliz; antes bien con mucho mayor deseo, cual niños pequeñitos en la virtud, que nos alimentamos de la gracia del Espíritu Santo, uno solo sea nuestro dolor y una sola nuestra tristeza, si somos privados de este espiritual Alimento».

Al afirmar la Escritura que Nuestro Señor no carece de aquellos tiernos órganos es para denotar que su Divino Corazón se halla tan lleno de dones y de abundancia de alimentos celestiales, que, cual tierna madre, los presenta á sus hijos para que se alimenten; por eso Jesucristo está lleno de su gracia que nos fortalece y que principalmente se nos derrama con abundancia en la Santa Eucaristía, en la que con maternal solicitud nos descubre su amor, y parece como que dice á todos los cristianos: Ea, venid, bebed hasta hartaros, porque mi gracia se derrama sin medida. Y cuando las almas oyen la voz de Jesús Sacramentado, y con grande humildad y mayor devoción se acercan á Él, y logran hartarse de su divina gracia, ¡oh qué consuelos! ¡qué delicias! ¡qué satisfacción! Entonces reputan al mundo por miseria y vanidad grandes y quisieran no apartarse para siempre de su Esposo; ¿por qué? *porque sus pechos son mejores que el vino*. Este licor terreno es entre las bebidas confortativas, el más apreciado, y sin embargo, el precioso licor que derrama el cáliz eucarístico vale indecible é infinitamente más sin comparación que los mejores vinos terrenos. Por eso el alma que ha llegado á posesionarse de esta verdad, mediante la experiencia, todo cuanto huele á mundo le fastidia, le sirve de estorbo para llegarse á Jesús, el cual es sólo su vida y su delicia; y por esta misma razón suele exclamar con el Apóstol: «Todas las cosas de este mundo las reputo por estiércol, por ganar á Cristo» (1).

(1) Philipp., III, 8.

Mas el Corazón del Divino Esposo, no solamente es mejor que el vino, *sino fragante como los mejores unguentos* (1), lo cual es como un corolario de lo que dijo antes. Porque por suavísimo que sea un unguento, al cabo es cosa terrenal que jamás satisface al alma perfecta; empero la compara á la fragancia que despide el Corazón del Esposo Jesucristo, que son todas sus virtudes. He aquí por qué nosotros, al recibir el Corazón de Cristo en la Eucaristía, recibimos sus virtudes y perfecciones, y en cierto modo, por esta causa, nos transformamos en otros cristos. Entonces, como asegura el Apóstol (2), somos para Dios buen olor de Cristo, porque habiendo tomado de Él la vida íntima que llevamos y aún la modestia de nuestros semblantes, las esparcimos por doquiera que anunciamos el Evangelio ó predicamos el amor que Cristo profesa á sus almas predilectas.

Continúa la esposa manifestando las prerrogativas del Salvador: *Tu nombre es óleo derramado* (3). El nombre de Jesucristo es no solamente óleo delicado, sino derramado, esto es: que continuamente está esparciendo el aroma de la virtud y de la santidad; es delicado, porque es dulce al que lo pronuncia, suave al corazón del cristiano, alegre al triste, confortativo al pusilánime y poderoso al tentado; y es derramado, porque en su nombre nos hacemos cristianos, nos santificamos, nos salvamos y nos unimos eternamente con Cristo; es derramado, porque continuamente hace sentir sus divinos efectos en todos los hombres, y particularmente en los que se han consagrado á su amor. Cornelio Alápide (4) atribuye siete cualidades al óleo, que luego aplica al nombre de Jesús. Dice que la primera cualidad es ser símbolo de paz y de tranquilidad; y el nombre de Cristo tranquiliza á los airados y apaga todas las pasiones. La segunda consiste en ser emblema de la gracia y de la misericordia; y el nombre de Cristo las concede y aun las infunde. La tercera es ser figura de riqueza y de calor; y el nombre

(1) *Fragantia unguentis optimis*. Cant. I, 2.

(2) *Quia Christi bonus odor sumus Deo*. II Cor. cap. II, 15.

(3) *Oleum effusum nomen tuum*. Can. I, 2.

(4) *Com. in Cant. I.*

del Señor concede al alma cuantos bienes celestiales existan y la enardece en la más pura caridad. La cuarta es simbolizar la fragancia del buen ejemplo, del nombre y de la fama; y no otra cosa destila el nombre de Jesús. La quinta es ser signo y causa de la alegría; y el nombre de Cristo regocija á los tristes. Por la sexta, el óleo conforta el cuerpo y le robustece; y el nombre de Cristo conforta á los futuros mártires y les da el auxilio necesario para no sucumbir en la pelea. Finalmente; el óleo sirve para curar las heridas del cuerpo, mas el nombre de Jesús cura y sana todas las del alma. ¡«Oh nombre bendito! exclama S. Bernardo (1). ¡Oh óleo por todas partes derramado! ¿Por cuáles? Vino del cielo á la Judea, y he aquí que por todo el mundo se ha difundido, de suerte que todo el orbe clama con la Iglesia: Óleo derramado es tu nombre. Derramado en verdad, porque no sólo fué esparcido por la tierra, sino que llegó hasta los infiernos, de tal manera que pudiera verificarse que al nombre de Jesús inclinasen la rodilla los cielos, la tierra y los infiernos».

Eres tan agradable, oh esposo mío, añade la esposa, *que por eso las doncellas te amaron* (2). Por estas doncellas, dijimos, se entendían las almas contritas ó nuevas en el camino de la perfección, las cuales no ignoran que Jesús es amoroso y suave, consolador y dulce; pero que no habiendo entrado todavía en el verdadero camino de la vida espiritual donde Jesucristo se muestra á sus almas con la cruz áuestas, lleno de trabajos y aflicciones, en cuyas penas desea se ejerciten, por eso se expresan de esta manera. Quizá esas almas novicias, si llegaran á ejercitarse en los mencionados trabajos no dijeran que amaban tanto á Jesús, porque una cosa es estimarle por los consuelos, y otra por las penas que nos envía. Lo primero es de justos nuevos en la perfección; lo segundo es de adultos y prácticos en ella. Aquéllos, como éstos, quieren seguir á nuestro Señor, aunque muchas veces se hallan sin fuerzas suficientes;

(1) Serm. 15.

(2) Ideo adolescentulæ dilexerunt te. Cant. I, v. 2.

por eso se dirigen á Él con la esposa, y le dicen: *Tráeme: en pos de tí correremos al olor de tus ungüentos* (1). ¡Oh Jesús! si vos me lleváis yo iré, ya que solo no puedo, debido al peso de mis enormes culpas. Notemos que la esposa no dice al divino esposo que irá tras sus pisadas, sino que la lleve Él, lo cual denota cuan poco se había ejercitado en la perfección. Mas después, sintiéndose con las fuerzas que Cristo le ha dado, anima á sus compañeras, y le dice: en pos de Tí correremos, al olor de tus virtudes, porque su fragancia nos atrae. El amor y la celestial ambrosía que Cristo patentiza en el Sacramento, son tan fuertes, que las almas, atraídas con tan pingües tesoros, corren tras ellos por conseguirlos.

Al ver Jesucristo en su casta esposa los deseos que tiene de poseerle, llevado de su magnífica largueza, condesciende con ella, por lo cual la esposa no puede menos de contarle á sus compañeras. (2) *Introdújome el rey en su cámara, dice; nos regocijaremos y alegraremos en Tí; acordándonos de tus pechos mejores que el vino: los rectos te aman.* ¿Cuál es la regia y divina cámara, sino el Corazón de Jesús Sacramentado? ¿Dónde está la habitación de Cristo con los hombres sino en la Divina Eucaristía? Aquí, pues, el Esposo celestial introdujo á la esposa terrena, acto que se verificó cuando ésta le recibió Sacramentado. Por eso ella, dándole como gracias, juntamente con sus compañeras, dice: nos regocijaremos y alegraremos en Tí, acordándonos de tus inmensos favores; y esto es como una consecuencia del alma agradecida que, recordando los beneficios recibidos, le mueven á estimar á su Dador. Todos cuantos conocieren los bienes que de Tí proceden, y que con mano liberal concedes á los justos, mayormente aquéllos que por experiencia propia han gustado tus espirituales delicias, te aprecian; pues esto significan las palabras: *los rectos te aman.*

En el camino espiritual, donde parece que la caridad fraterna tiene poco que desear, existen siempre algunas,

(1) Trahe me: post te curremus in odorem unguentorum tuorum. Cant. I, v. 3.

(2) Introduxit me rex in cellaria sua: exsultabimus, et lætabimur in te, memores uberum tuorum super vinum, recti diligunt te. Cant. I, 3.

aunque leves emulaciones entre las personas imperfectas, á causa de que la pasión del amor propio no se ha purificado del todo en el crisol de la caridad. Debido á esto, las compañeras de la esposa, algo como envidiosas del amor que ésta manifestaba tener á su Esposo eterno, le achacan de que es morena; por eso ella, reconociendo su condición, pero obteniendo un gran bien de lo que en concepto de las doncellas era imperfección, humillada, y enardecida en caridad hacia su Esposo, contesta: *Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén, así como las tiendas de Cedar; (1) como las pieles de Salomón.* Negra soy, es verdad; pero mi particular negrura me tiene más acepta á los ojos de mi Esposo divino. Y por cierto; en una alma perfecta, las tribulaciones, las persecuciones, los trabajos, las enfermedades; en suma: todo género de padecimientos la pondrán deforme, flaca; harapienta, necesitada materialmente; pero en el espíritu le servirá de hermosura purísima con que agrada á Jesucristo. Aun los mismos sufrimientos la devuelven, por la paciencia, hermosa á los ojos del mundo; por lo cual exclama S. Bernardo (2): «Dichosa negrura que da á luz el candor de la inteligencia, la luz de la ciencia y la pureza de conciencia». En verdad que semejante alma podía prorrumpir con el Apóstol: «De buena gana me gloriaré en mis enfermedades, á fin de que permanezca en mí la virtud de Cristo» (3).

Mas, soy hermosa, hijas de Jerusalén, así como las tiendas de Cedar y como las pieles de Salomón. Los descendientes de Agar eran llamados cedareños ó árabes, quienes, por la costumbre de no tener residencia fija, usaban tiendas en los campos, las que apareciendo negras ó morenas en su parte exterior, efecto de la influencia del sol, conservaban no obstante interiormente rara belleza y gran aparato de riquezas. Lo propio puede decirse de las pieles que empleaba Salomón en la guerra.

(1) Nigra sum, sed formosa, filia Jerusalem, sicut tabernacula Cedar, sicut pelles Salomonis. Cant. I, 4.

(2) Serm. 25.

(3) II Cor. XVI, 5.

Pasa adelante la esposa y, declarando la causa de ser morena, dice: *No me consideréis que soy morena, porque el sol me estragó el color* (1). Suele este radiante astro ennegrecer los rostros de los que están mucho tiempo á su presencia, por cuya causa afirma la esposa que es morena. Pero ¿cuál es este sol? ¿será el material? Sabemos que el Cantar de los Cantares es todo espiritual, por lo tanto, su naturaleza; juntamente con la autoridad de los santos Gregorio, Anselmo y Bernardo (2), exige que lo refiramos al Sol de justicia, Cristo Jesús. En efecto; si el sol quema, la caridad abrasa; la vida evangélica es de sí trabajosa, y va minando lentamente las fuerzas materiales del que la emprende; y si se toma por amor á solo Jesucristo, la devora mucho más pronto, pudiendo decir entonces el alma con el salmista: «El celo de tu casa me comió» (3). Jesús, empero, en el Sacramento del Altar cumple perfectamente el oficio á que hace alusión la esposa cristiana en este lugar. Ese sol divino que ilumina á todo aquél que á Él se acerca, según aquello: «Llegáos á él (4) y seréis iluminados» abrasa y consume también á todo el que desee recibir su vivificante calor, según dice la Escritura: «Porque Dios Nuestro Señor es fuego consumidor» (5). Si así es, el Divino Salvador, en ningún misterio suyo hace palpables estas verdades mejor que en la Eucaristía. 1.ª Hostia Divina, en efecto, esparce sus rayos de luz y fuego á un mismo tiempo para imprimir en nuestra frente y corazón el sello de su abrasado amor.

Cuenta la esposa á sus compañeras los obstáculos que le sobrevienen con la práctica de las virtudes, y así dice: *Los hijos de mi madre lucharon contra mí; me pusieron por guarda de viñas; sin embargo, yo no guardé mi viña* (6). Efectivamente, no pueden darse enemigos más declarados del

(1) Nolite me considerari quod fusca sim, quia decoloravit me sol. Cant. I, 5.

(2) Serm. 28.

(3) Ps. 68, v. 10.

(4) Ps. 33, 4.

(5) Deut. IV, 24.

(6) Filii matris meae pugnaverunt contra me, posuerunt me custodem in vineis: vineam meam non custodivi. Cant. I, 5.

hombre virtuoso que sus mismos domésticos (1). Por eso el Señor asegura que el que ama á sus padres más que á Él no puede ser su fiel discípulo (2), lo cual afirma cuando, estimulando al cristiano á que siga el Evangelio, añade: «Todo el que abandonare su casa y hacienda y viniere en pos de mí obtendrá en esta vida el ciento por uno y luego la vida eterna» (3). Prácticamente reconoce el católico que camina á la perfección, que apenas puede dar un paso en ella á consecuencia de la guerra continua que le ocasionan sus parientes, si es que de éstos hace un caso indebido.

Mas, por semejantes hijos entienden también los SS. Padres, á los herejes y cismáticos que, saliendo de la Iglesia, pero no habiendo pertenecido á ella con el espíritu, la despedazan con sus blasfemias y quisieran verla reducida á la nada; muy particularmente se sobreentienden asimismo los malos prelados, sacerdotes y religiosos que, no poseyendo el espíritu de su vocación, porque entraron en la Iglesia ó en la religión como ladrones, murmuran de sus compañeros y hermanos en el ministerio, á causa de que éstos no son de sus perversos sentimientos; los ponen en ridículo repetidas veces, y se gozan de su humillación, logrando de este modo haber escandalizado á la Religión y al mundo, y atraído sobre sí la terrible sentencia del Salvador: «¡Ay de aquel hombre que causare escándalos! Más le valdría que le pusiesen al cuello una piedra de molino y le lanzasen en el mar, que escandalizar á uno de estos pequeñitos» (4). Podría decir la Religión á semejantes monstruos, con el Salmista: «Mis amigos y mis prójimos se acercaron hacia mí y lucharon contra mí» (5). ¡Ay de tales, exclama S. Bernardo, que con su proceder convierten en escándalo la Religión que es lugar de paz! (6).

En tercer lugar, *los hijos de mi madre que lucharon contra mí*, puede explicarse de las pasiones y afectos desordenados del alma que camina á la perfección, los cuales la asaltan á cada paso, y cuando menos espera la subyugan,

(1) Math. X, 36. (2) Math. X, 37. (3) Math. 19, 29. (4) Luc. XVII, 1, 2. (5) Ps. 37. (6) Serm. 29 in Cant.

si á la gracia divina no permanece asida. Lo que asegura la esposa de que la pusieron por guarda de viñas, mas no guardó la suya, significa que la constituyeron por directora de almas, y que ella, no sintiéndose con fuerzas suficientes, argüía de la siguiente manera: Con que no puedo guardar con perfección mi alma, figurada por la viña, y queréis que guarde las ajenas? Así lo explica S. Bernardo (1). Pero otros, como Orígenes (2), adaptándose más al sentido literal, exponen que los malos ó imperfectos prelados, habiéndose constituido Pastores de sus espirituales rebaños no los han vigilado, ni custodiado cual debieron. Otros, finalmente, con S. Ambrosio (3), enseñan, que siendo el alma viña espiritual y Jesucristo el viñador, y, debiendo arrancar aquella las malas hierbas de los malos pensamientos y plantar otras de buenas obras, se ha quedado soñolienta y dejádose robar de los salteadores.

El alma fiel, en el versículo sexto de los Cantares, abandona á sus compañeras y, dirigiendo su mirada á su celestial Esposo le suplica con fervor arrebatado: *Indícame* (4), *oh Tú á quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde ses-teas al mediodía, para que no comience á vagar tras los rebaños de tus compañeros*. Por estas dulces expresiones, la esposa iba en busca de la presencia de su Esposo, quien, al mostrársele, fué interrogado acerca del lugar donde acostumbraba á tener su residencia al tiempo del *mediodía*. Fijémonos en esta última palabra. El mediodía es cuando el astro solar se halla en medio del horizonte, despidiendo con mayor intensidad sus ardientes rayos; por eso el mediodía es perfecto símbolo de la residencia de Cristo que siempre está en la luz; antes bien, Él es la luz misma, y al propio tiempo es signo bellísimo de la quinta esencia del amor en sus mejores quilates, todo lo cual desea obtener la esposa para amar cual conviene á Jesús. En consecuencia, ¿qué sig-

(1) Hom. 30.

(2) Hom. I.

(3) Exort. ad virg.

(4) Indica mihi, quem diligit anima mea, ubi pascas, ubi cubes in meridie, ne vagari incipiam post greges sodalium tuorum. Cant. I, 6.